

Gámbita, Cunacua y Oíba

CAPITULO XI

Tomando el camino que de Monquirá conduce a Togüi y Chitaraque nos dirigimos a Gámbita, primer distrito del cantón Oiba al sur de esta villa. Andadas siete leguas por tierras bastante quebradas, cubiertas de sementeras y bañadas por multitud de arroyos claros y bulliciosos, llegamos al río Porqueras, línea divisoria de entrambos cantones y desde el cual en adelante comienza por este lado la provincia del Socorro. Legua y media después de pasado el río se encuentra el pueblo de Gámbita, pequeño y en su mayor parte pajizo, asentado en un vallecito angosto en que terminan las pendientes laderas de dos pequeñas serranías paralelas compuestas de estratos calizos y esquisto arcilloso, formación predominante desde las cercanías de Chitaraque, constituyendo un terreno casi unitario y por consiguiente ingrato. Los ríos Gámbita y Porqueras, que unidos al Huerta van a formar el Linguarucho, tributario del Sarabita, riegan parte del distrito y contribuyen a la descomposición lenta de las rocas y esquistos, de donde proceden algunos vallecitos de aluvión, fértiles y cubiertos de jugosos pastos que a trechos interrumpen la esterilidad general del suelo, contra la cual luchan sin descanso los laboriosos agricultores del lugar, estableciendo sementeras de caña y menestras dondequiera que hallan un rincón de tierra capaz de soportarlas.

En Gámbita no encontramos alcalde, juez, ni funcionario alguno a quien dirigirnos, excepto el cura, doctor Manuel Cerón, joven amable y fino que nos hospedó y proporcionó todos los auxilios y noticias que necesitábamos y no habríamos podido conseguir sin la intervención de este bondadoso y patriota eclesiástico. Poco tiempo tenía de estar encargado del curato, y sin embargo había comenzado a refaccionar la casi destruída iglesia, y solo, sin recursos, sin más ayudante que un niño de nueve años, tenía fundada una pequeña escuela primaria que él mismo cuidaba y dirigía; prueba evidente de lo que alcanza la firme voluntad de hacer el bien. Numéranse 3.000 vecinos en la parroquia, todos ellos blancos, de constitución vigorosa y costumbres sencillas

amparadas por la habitud del trabajo constante y acaso también por la mansión de las familias en *estancias de labor* diseminadas en los campos. Averiguado el movimiento de la población en el último año, según los libros parroquiales, halláronse 104 nacimientos, de los cuales 40 ilegítimos, 60 defunciones y 20 matrimonios; cifras que no guardan proporción con el total de habitantes y que acusarían por sí solas la incuria del párroco antecesor del actual, si no hubiera estado manifiesta en el abandono y desgüeño en que dejó las cosas de su ministerio, patentes a los ojos de cualquiera, por más que el caritativo doctor Cerón se empeñaba en disimularlos.

No obstante la pobreza del suelo para la agricultura, los alrededores de Gámbita no carecen de bellezas por la agradable variedad que comunican al paisaje los cerros circunvecinos, a veces redondeados y con laderas tendidas, cuidadosamente labradas, a veces áridos y escarpados, de cuyas cimas trastornadas se precipitan con ruido varios arroyos formando cascadas, entre las cuales se hacen notar la de Santafé, grueso chorro de agua reluciente que desprendiéndose de los estratos superiores de la serranía, visible a la izquierda desde el camino de Chitaraque, salta por encima de los árboles y arbustos un espacio de 40 varas, perdiéndose después en la espesura; y la de Palmar, camino de Paipa, oculta en parte por una vegetación lozana, pero que examinada de cerca presenta una columna de más de 100 varas de caída limpia. Hay otra quebrada caprichosa que desdeñando el correr por las sinuosidades del terreno, ha ido a perforar una colina cerca y al suroeste del pueblo, abriendo la cueva que llaman del Chocó, de cuatro cuadras de largo y enriquecida en lo profundo con estalactitas numerosas que han disminuído la altura primitiva del socavón, grande y desembarazada, si se ha de juzgar por la elevada puerta que da entrada al arroyo; curioso fenómeno por cierto, y ejemplar notable de lo que puede la acción de las aguas sobre las rocas de formación caliza, como también lo demuestran los hundimientos cónicos de Las Cuevas y el afamado Hoyo del Aire en el cantón Vélez.

Seis leguas al norte-noreste de Gámbita queda Cunacua, cortando el camino los ríos Huerta y Tolotá, el primero con buen puente, el segundo con malísimo vado y entrambos llevando precipitadamente al Línguarucho sus aguas teñidas por la zarzaparrilla, que en abundante disolución contienen. El terreno en todo este espacio permanece calizo y gredoso con algunos manchones de pizarra, poco apropiado para la agricultura, que allí es pobre,

consistiendo principalmente en yuca, maíz y plátano, bases de la subsistencia de los moradores. Los cerros altos, descarnados y de contornos abruptos envían a lo bajo las aguas llovedizas con una rapidez perjudicial para las sementeras y para el terreno que llevan y desgarran. Así es que muchos labradores han emigrado dirigiéndose a las fértiles vegas del Suaita, donde encuentran tierras, protección y auxilio para establecerse; y de aquí procede la diferencia entre la población que hoy cuenta el distrito de Cunacua (2.000 habitantes) y la que le dio el censo de 1846 (2.176), disminuída en vez de aumentada, como lo estaría si la salubridad del clima fuese acompañada de la fertilidad del suelo. La situación de la cabeza del distrito es mala, quedando el pueblo al pie de una serranía montuosa con desiertos al este hasta el cantón Charalá y al oriente separada de los productivos valles de Guadalupe y Suaita por altos cerros intransitables; siendo así que un poco más adelante hay hermosas llanuras bien regadas en que el pueblo habría quedado ventajosamente ubicado. Caprichos de un antiguo cura determinaron la fundación en el lugar que ocupa, desde el cual, hacia el norte, se alcanzan a ver las techumbres entejadas del extenso caserío de Oiba y la bonita y blanca iglesia que lo domina.

Después de una fatigosa marcha de diez horas llegamos a Cunacua, tarde y con largo ayuno. Nadie nos indicaba dónde podríamos alojarnos; preguntábamos, y los vecinos papamoscas se quedaban callados mirándonos de hito en hito. Por fin averiguamos que aunque no había alcalde en el pueblo andaba por allí el juez, en cuya solicitud proseguimos hasta que en la plaza y cerca de la cárcel encontramos un hombre rústico y mal pergeñado, con una vara negra en las manos: era el juez. Dijímosle quiénes éramos y qué motivo nos había llevado hasta aquel rincón de la patria. El digno funcionario se balanceaba sobre una pata y sobre otra, nos miraba y se reía como un oso: imposible meterle en la maciza cabeza una idea; imposible que leyera nada, pues ignoraba el alfabeto. Por último, interpelado con la energía del hambre y del cansancio que llevábamos, suspendió la risa, rompió el silencio y nos ofreció socarronamente por alojamiento... la cárcel.

—¿Cómo se llama este fenómeno? —pregunté a un curioso que me quedaba cerca.

—Don Gregorio Neira —me contestó—, y es la autoridad.

—Señor autoridad —dije al amable don Gregorio, —¿tendrá usted a bien llevarnos donde aquel vecino que desde una

tienda, buena para alojarnos, nos está mirando? Parece persona decente y él acaso nos comprenderá.

—¡Oh sí! Es don Cayetano, muy personaje y muy notable del lugar.

Y llegados a la casa, don Gregorio saludó a don Cayetano y reasumió su risita de marras sin añadir palabra. Signifiqué al nuevo interlocutor nuestra necesidad, el objeto del viaje, lo que nos sucedía y la voluntad en que estábamos de pagar cuanto pidiese por alojarnos durante la noche y proporcionarnos cualquier alimento.

Silencio sepulcral de parte de don Cayetano, insensible como una roca a mis plegarias y ofertas. Ninguna mediación de parte del juez.

En este punto, perdida toda esperanza, dime por vencido ante la inhospitalaria inercia de aquellas gentes, y declaré a mi compañero rotas las negociaciones.

—Voy a convencerlos —dijo, y desmontándose y desensillando, en un pestañear se abrió paso por entre la autoridad y el notable, entró en el cuarto y se proclamó instalado y alojado por derecho de conquista. Apoyélo, haciendo irrupción con asistentes, instrumentos y petacas, y me senté a examinar una mesa de pino que nada tenía qué examinar. El juez desapareció, don Cayetano gruñó y evacuó la plaza, la familia se alborotó y comenzó a cerrar de firme todas las puertas de comunicación, poniéndonos en riguroso bloqueo, con negativa no sólo de alimento sino hasta del agua y del fuego, a usanza de los antiguos romanos cuando querían descartarse de algún ciudadano estorbo. En resolución habríamos carecido de todo, absolutamente de todo, a no ser por el cura, presbítero Félix Meléndez, que nos amparó y favoreció, en términos de poder seguir marcha al día siguiente. Cunacua, por lo visto, es pueblo al cual no puede ir ningún viajero sin llevar tienda de campaña para alojarse, bastimentos para él y para sus bestias. Segregado el tráfico activo con los otros pueblos, sin mercado, sin roce de gentes, cierra sus puertas al forastero en quien mira un intruso, y desconoce las ventajas que se derivan de ser hospitalarios y sociables. La rusticidad no tiene allí contrapeso, y la cultura moral corre parejas con la del suelo, pobre y sin lozanía por la ingratitud del terreno. En cuanto al juez Neira, no se crea que es un tipo excepcional; iguales a él, poco más o menos, en inteligencia y respetabilidad, son casi todos los jueces y alcaldes de distrito. Los vecinos de instrucción y comodidades aborrecen este empleo y se valen de su in-

flujo para que no recaiga sobre ellos el nombramiento, echándolo sobre algún labriego ignorante que arrancan de su estancia y del seno de su rústica familia para trasplantarlo, mal de su grado, al pueblo, y dejarlo allí perdido en el laberinto de un oficio que es incapaz de entender, o lo mueven cual un instrumento, ya para hacerse superiores a la justicia, ya para vestir con el aparato de ésta sus venganzas personales. El triste alcalde, que por una parte contempla su estancia y labranzas abandonadas, y por otra sufre las reprimendas y aun multas de los superiores a causa de los disparates que comete o le hacen cometer, pone todos sus conatos en soltar la carga cuanto antes, y se establece un torbellino de renunciadas y nuevos nombramientos que de hecho equivalen a la vacante permanente del empleo. Ahora, si se considera la importancia política y administrativa del alcalde, a cuyas manos van a parar todas las leyes y disposiciones gubernativas para su ejecución, que forzosamente ha de comenzar en el distrito, se vendrá en conocimiento del profundo desorden que en esta situación se introduce en todo nuestro sistema legal y político. La República existe en la constitución escrita, en las teorías del Congreso y en la intención de los altos funcionarios, la proclaman y defienden los periodistas, la sostienen moralmente los hombres ilustrados; pero en la realidad, en la base del edificio, que es el distrito parroquial, no existe sino una monstruosa mezcla de las hábitos del régimen colonial, disfrazadas con las fórmulas republicanas sin vigor, sin la savia de las ideas que sólo la cumplida ejecución de las leyes podrá infundirles.

Mientras la administración de la parroquia no recaiga en hombres inteligentes que permanezcan largo tiempo en su empleo, no cesarán los males indicados; males verdaderamente serios, pues de ellos nace el descontento de las poblaciones agrícolas y un malestar íntimo que a la menor ocasión se exaspera y predispone los ánimos a resistencias y revueltas en que esperan hallar el remedio. Tal vez sea el origen de la facilidad con que en nuestro país se tramam y estallan las revoluciones por descabelladas que parezcan. Los descontentos de la parroquia se dejan alucinar con promesas de mejorar su estado si ayudan a poner un nuevo jefe en el gobierno supremo; ellos, que desconocen la índole y práctica del sistema republicano, creen que el presidente es el dispensador de los bienes y la causa de los males, como lo era en otro tiempo el virrey, confunden todavía el gobierno con el individuo y juzgan que mudando las personas todo cambiará. Las revoluciones son *contra natura*, porque el hombre ama la

paz y la seguridad; de donde se infiere que la frecuencia de las que han destrozado nuestro país revela un padecimiento moral que en mi concepto tiene su asiento en el desgobierno del distrito. Afortunadamente el remedio es fácil, y la observación inmediata de las cosas me autoriza para añadir que sería eficaz poner sueldo a los alcaldes. Hay en las capitales de provincia y en muchas cabeceras cantonales, jóvenes de instrucción que por laudable ambición política desean darse a conocer; mas son pobres, y la pobreza los encadena en un lugar fijo, en que vegetan oscuros y anulados. Un pequeño sueldo que les afianzara la subsistencia les haría buscar las alcaldías, primer escalón de la vida pública, y la necesidad de recomendarse bastaría como estímulo para el buen desempeño del empleo. A poco andar tendríamos establecido el régimen constitucional en los distritos, y los beneficios de la República se insinuarían en el ánimo de los campesinos iliteratos, que aprenderían por la fuerza de los hechos a sostener y amar el orden legal, y a distinguir el imperio abstracto de la ley amparadora, de la autoridad meramente ejecutora del funcionario.

Oiba demora 3 leguas al norte de Cunacua. El camino es bueno y espacioso, y atraviesa el río de Oiba por un puente cubierto, sólido y bien conservado, obras en que sobresale la provincia del Socorro y la hacen una de las más transitables de la República. La villa, cabecera del cantón, cuenta 2.500 vecinos, alojados en buenas y espaciosas casas de teja. Tiene el distrito 8.000 habitantes, dando por movimiento anual de la población 207 nacimientos, 170 decesos y 30 matrimonios. El aumento de 37 individuos es insignificante respecto del total de la población, y sorprende su pequeñez cuando se contempla el aspecto robusto de los habitantes, su activa laboriosidad y la fertilidad del terreno que cultivan cuidadosamente, de manera que la subsistencia es barata, segura y abundante. Luego veremos que en la cercana capital de la provincia exceden las defunciones a los nacimientos, según resulta de los libros parroquiales; hecho singular que indica la intervención de alguna causa no común y digna de investigarse. Oiba (tal vez la Poima de los aborígenes) figura como parroquia en la estadística del Virreinato desde 1727. Situada en medio de laderas abiertas y alegres a 1.395 metros de altura y con una temperatura de 22° centígrados, es el nudo de siete caminos principales que al través de algunas poblaciones prósperas la relacionan con los cantones Vélez, Moniquirá, Tunja, Leiva, Charalá y Socorro, sus colindantes. Debiera, por tan-

to, prosperar con rapidez; mas le falta para ello una base mercantil al sur y al este, en que la población es poca e indiferente al aumento de comodidades que obtendría por el comercio con el norte de la provincia.

A este rumbo queda la capital respecto de Oiba, de donde parten para ella tres caminos: el que se dirige al este pasa cerca de Confines (antiguo Culatas) y mide $5\frac{1}{2}$ leguas; el del norte, de $5\frac{1}{2}$ leguas, siguiendo el filo de una larga colina, y el que toma al occidente, en demanda de Guapotá y Chima, corta el río Suárez o Sarabita, por cuya margen izquierda continúa hasta Simacota, y de aquí hacia el este vuelve a cortar el Sarabita y termina en el Socorro, medidas 8 leguas granadinas; es el más fatigoso y quebrado de los tres y el que mayor tiempo consume, tanto por su longitud, los recuestos y pedregales, como por las dificultades y dilaciones en los pasos del río, caudaloso y sin puentes en aquellos parajes. Emprendimos marcha por el del medio, deseosos de examinar unas lajas que decían marcadas con huellas de animales, particularmente la llamada *Piedra de la pezuña*, objeto de una tradición disparatada. Cuentan que cierto cazador de venados, más atento a su oficio aventurero que a cumplir con las obligaciones del culto religioso, llevó su impiedad hasta entregarse a la cacería un viernes santo. El diablo, que entonces no dormía, le esperaba, transformado en ciervo dentro de un bosquecillo, donde los diligentes perros condujeron al cazador, comenzando desde allí una serie de carreras desesperadas al través de montes y vallados que el pseudoanimal salvaba con diabólica presteza, dirigiéndose a la mitad de un cerro, peinado en barranco vertical sobre el río Suárez. Alegre el cazador al ver aquella falsa evolución que le aseguraba la presa, se apresuró a cortar la retirada animando los perros con gritos e interjecciones que hacían ruborizar al ciervo mismo, el cual cuando hubo llegado a la orilla del precipicio afirmó las patas en una laja grande y dio un salto de seis leguas por encima del río Suárez y vegas adyacentes, yendo a perderse entre los barzales de la serranía del oeste y dejando detrás de sí al absorto cazador, envuelto en un torbellino de humo de azufre, según la costumbre inmemorial y característica de los diablos. Despejada la atmósfera, vióse la laja marcada con la impresión profunda de las patas del ex-ciervo, como todavía puede verlo quienquiera en la famosa *Piedra de la pezuña*, la cual, hablando en prosa, no es sino una ancha piedra caliza en cuya superficie ha labrado la intemperie pequeñas depresiones que la imaginación supersticiosa convirtió en huellas

sobrenaturales. Cerca de allí corre un arroyuelo sobre un lecho de lajas análogas a la anterior, marcadas profundamente con depresiones semejantes, sin orden ni alteración alguna, de modo que ni representan pasos de animales, ni tienen la menor importancia para el geólogo.

Dos y media leguas antes de llegar al Socorro, hicimos alto en una venta que llaman *Aguabuena*, por la de un límpido y fresco manantial cercano, de donde se surte la casa, edificio modesto y aseado, con su portal hacia el camino, a la izquierda una puerta que dejaba ver el grueso mostrador de adobes, coronado de totumas, nuncios de estar cerca la hirviente chicha, y ostentando por exceso de lujo dos frascos de aguardiente, detrás de un enrejado de madera, y a la derecha otra puerta para lo que llamaré sala de recibimiento, en defecto de nombre más apropiado. Por supuesto que no faltaban parroquianos en la chichería, cuáles apurando la totuma desde encima del enjalmado buey, que mientras tanto rumiaba y dormitaba, cuáles formando corro en el portal y dentro de la tienda, hablando a un tiempo y en voz alta de las negociaciones y precios del mercado, y dejándose obsequiar por las atléticas hijas de Eva que les acompañaban; todos ellos gente agricultora, ágiles, vigorosamente conformados, de mirar inteligente y aire resuelto, vestidos a la ligera con telas nacionales, ruanas diminutas y amplio sombrero de trenza, la nerviosa pierna desnuda desde la rodilla y el pie resguardado con alpargates gruesos, ya gastados y empolvados en largo servicio. Acomodadas las cabalgaduras fuera del portal, entramos a la sala, donde nos recibió la ventera con mil excusas por los tercios de yuca que nos embarazaban el camino, accidentalmente depositados allí, según tuvo cuidado de informarnos, como temerosa de incurrir en mala nota. Muebles no había, salvo una mesa pesadamente labrada y arraigada en un ángulo de la sala, cerca de dos poyos cubiertos de estera; pero en compensación brillaban las paredes con pinturas en que el ingenioso autor había hecho heroicos esfuerzos para combinar de infinitas maneras el ocre y bermellón, únicas tintas de su rústica paleta.

Las figuras más notables eran dos matronas sentadas en el aire, de rostros borrachos y mofletudos, con los ojos a la raíz del cabello y por tanto sin frente. La primera gemía bajo el peso de una corona gigantesca, sin esperanza de alivio, puesto que la mano izquierda la tenía ocupada con una tiara, y la derecha con un barretón, a guisa de cetro. Debajo escribió este nuevo Leonardo de Vinci:

*La cuarta parte del mundo
 Evropa zoi nombrada,
 Tengola tiara, y las llaves
 Yo zoi lamas ilustrada.*

Frente a frente, mirando a su colega con ojos tiesos y espantados, estaba la segunda figura, coronada de plumas, al parecer, con arco y flechas en una mano y una granada muy razonable en la otra. Volaba por lo alto un letrado que decía *América*, y debajo:

*Quizo mi Dios piadoso
 Darne su caridad.
 Soi la america libre
 Viva la libertad.*

Promediaba entre las dos matronas un militar colorado, cabalgando en un cuadrúpedo amarillo, detrás del cual iba una mujer amarilla en un caballo colorado. El militar se abría paso con la espada, más grande que él mismo, y le rodeaba tal profusión de versos belicosos, que no me atreví a copiarlos. El Asia y el Africa se quedaron en bosquejo, probablemente por haberse agotado el ocre y bermellón en borrajear sobre la testera de la sala dos Vírgenes rojas con sus correspondientes Jesuses, sacando ánimas del purgatorio, mientras san José se estaba a un lado mirándolas y por ventura devanándose los sesos para explicarse aquella *dualidad* inusitada, que celebraban dos angelotes tocando violín y guitarra, y rodeados de una aureola de guacamayas enormes, en cuyos cuerpos acabó el pintor de limpiar sus brochas.

Pedir de comer habría sido anticiparse a la época presente, por cuanto no está en uso todavía guisar en nuestras ventas-posadas, excepto lo que llaman *ajíaco*, especie de potaje de papas, del cual regalan una escudilla a los transeúntes de alpargata, con tal de que beban y paguen un cuartillo de chicha. Inventamos un sencillo almuerzo, que nos sirvieron sin más aditamento que el salero, dentro del cual pusieron dos palitos de sauce con su corteza, para suplir la falta de cubiertos, que en realidad no la hacen cuando se aprende a manejar aquellos instrumentos, cuya principal recomendación es el aseo, puesto que para cada servicio los fabrican nuevos. Con esto y dos vasos de agua, que en lo cristalina y ligera pudiera brillar al lado de la deliciosa de Torca, proseguimos nuestro camino en demanda del Socorro.

